

EL RAYADITO: LA ALARMA DEL BOSQUE AUSTRAL

Mi primer encuentro con los pequeños habitantes alados de los bosques fueguinos se produjo en Ushuaia, en los fondos de la ciudad, en una enorme lenga (*Nothofagus pumilio*) que asomaba por encima de una roca. Mayo había producido sus infaltables cambios. La lenga ya había perdido sus hojas por completo y entre sus ramas ví aparecer aquel viejo conocido de Bariloche: el Rayadito (*Aphrastura spinicauda*). Lo ví acercarse de rama en rama, hasta ponerse casi al alcance de la mano. A pesar de su constante y nervioso movimiento, pude verlo bien. Su corona negra tiene dos rayas canelas bien notables que naciendo en la base del pico fino y de color negro, llegan hasta la nuca. El dorso barrado de color pardo, canela y negruzco, y una notable cola larga terminada en puntas. Me recordaba por sus movimientos a la intranquila Tacuarita Azul (*Polioptila dumicola*) que habita los talaes pampeanos y que posee, también, una cola bastante larga, y a la huidiza Ratucha o Ratona (*Troglodytes aedon*).

Su grito constante parece repetir "yiqui-yiqui", y por eso los chilenos lo conocen por ese nombre.

Ese fue mi primer encuentro con el Rayadito, pero es mucho lo que puedo agregar de esta avecita que no abandona nunca el archipiélago fueguino y a la que considero como la más abundante y curiosa de las aves del bosque.

No hay viajero, turista o caminante que al cruzar o internarse en los lengales fueguinos no se encuentre con el Rayadito. No tendrá que buscarlo, bastará sólo con alzar la voz para que aparezca en parejas o en pequeñas bandaditas a curiosear. Como buen furnárido, es poseedor de una voz sumamente llamativa, pero todavía me sigue sorprendiendo su diversidad de tonos y notas.

Es todo un acróbata; lo he visto colgado cabeza abajo en las ramas más finas de los árboles y arbustos y aferrado a la corteza de las lenguas, del mismo modo que los trepadores y pájaros carpinteros, mientras escarbaba las hendiduras y huecos con su piquito bus-



Rayadito (*Aphrastura spinicauda*)
Dibujo: Marcelo Bettinelli

cando insectos. Lo ví picoteando la grasa de la carne de oveja que colgaba oreándose en el bosque, y escarbar con sus patitas la hojarasca y los troncos en descomposición que tapi-
zan por completo el suelo del lengal.

Son tan bullangueros que es imposible que pasen inadvertidos, ni en los hermosos lengales de la Bahía Lapataia, ni en los gigantescos y oscuros guindales de la Isla de los Estados.

Es la alarma con alas de todo el bosque fueguino; ya los cazadores shelknams (u onas), los despreciaban porque avisaban de su presencia a los guanacos (*Lama guanicoe*). A veces abandona el bosque tupido y se lo puede observar saltando entre los calafates (*Barberis buxifolia*) y los matorrales de mata negra (*Chiliotrichium diffusum*). También habita zonas más abiertas, pero siempre ligado a los bosquecillos de ñires (*Nothofagus antarctica*) y lengas que por lo general coronan las lomas. A veces forma bandadas mixtas con otros pájaros fueguinos, pero siempre el Rayadito constituye el grueso de la bandada. Los ví acompañando al Comesebo (*Pygarrichias albobularis*) al Chingolo (*Junco capensis*) y al Fío-Fío Corona Blanca (*Elaenia albiceps*).

Su voracidad es notable. En una ocasión los observé pelearse encarnizadamente por algún insecto o bien por un sector de "pico-teo" (o de caza), que a veces no era más que un pedazo de corteza caída. Recuerdo muy bien en una oportunidad la rapidez con que devoró una mariposa que superaba el tamaño de su cabeza cuando vio acercarse velozmente a un congénere.

En la Isla de los Estados los ví revolver los

cachiyuyos secos que arrojaba la marea, seguramente en busca de los insectos que habitan esa resaca. En dicha isla me ocurrió algo notable. En una oportunidad había entrado en el guindal y repentinamente una bandada de veinte rayaditos con una alta proporción de jóvenes me rodearon por completo y se acercaron tanto, a pesar de las advertencias de dos o tres adultos, que se mantenían a dos metros sobre una rama, que llegaron a ponerse al alcance de mi mano. Pero no pude alzar mi brazo, no tuve el valor suficiente de agarrarlos, no me consideré quien para quebrar

esa magia, y además ¿por qué debía yo enseñarles a desconfiar del hombre?

Quizás esos bosques fueguinos algún día sean destruidos por los hombres y su confuso "progreso". Seguramente el "yiqui-yiqui" será el último pájaro que desaparezca por completo de la región y recién lo hará con la caída de la última lenga o coihue.

Será difícil arrancarlo de ese paisaje y creo que se lo merece, por tantos días de compañía, por tantas horas que compartimos en el bosque, donde sólo él sabía dónde andábamos.

Juan del Monte



NOTICIAS DE SALLY, LA GALLINETA OVERA

Muchos de los que tomaron parte de la salida a Escobar el 29 de octubre de 1983, se habrán preguntado más de una vez qué habría sucedido con la gallineta (*Rallus maculatus*) que soltamos en esa oportunidad. La última visión que tuvimos de ella fue cuando huía de los juncos hacia el monte al pie de la barranca, seguida por fotógrafos.

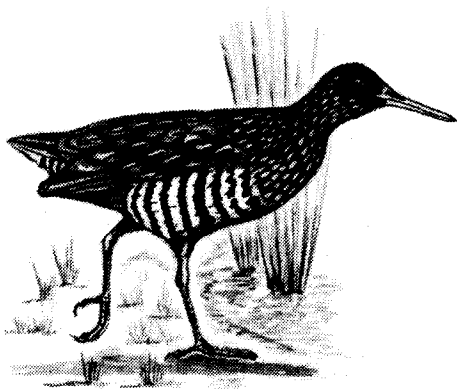
Hace unos días nos contó Daniel Blanco que un mes después de la salida, estando él en la misma zona con Alberto Niño, vio una gallineta overa que levantaba vuelo abruptamente de entre el juncal a unos tres metros de distancia de él, se dejaba llevar de costado por el

viento unos momentos, y se volvía a zambullir entre los juncos.

Dado que en esa zona de Escobar no ha sido registrada anteriormente esta especie, no cabe duda de que se trataba de nuestra Sally.

Para aquellos que se pregunten qué hacíamos soltando una gallineta overa en Escobar, les vamos a aclarar que el día anterior a la salida de campo la encontré en el balcón de mi casa en pleno centro de la ciudad de Buenos Aires (¡Esmeralda y Viamonte!). La única explicación que se me ocurre es que alguien la hubiera tenido en una jaula y se le haya escapado.

Carlota Roberts



Gallineta Overa (*Rallus maculatus*)
Dibujo: Juan Claver